

Se ha puesto el gallo incierto, hombre (XIX, de *Trilce*).

La salud va en un pie. De frente: marchen (XXXIX, de *Trilce*).

Salgamos siempre. Saboreemos
la canción estupenda, la canción dicha
por los labios inferiores del deseo (XLV, de *Trilce*).

Y nos levantaremos cuando se nos dé
la gana, aunque mamá toda claror
nos despierte con cantora
y linda cólera materna.

Nosotros reiremos a hurtadillas de esto,
mordiéndolo el canto de las tibias colchas. (LII, de *Trilce*).

Duda. El balance punza y punza
hasta las cachas. (LIV, de *Trilce*).

Y llueve más de abajo ay para arriba (LXVIII, de *Trilce*).

Hubo un día tan rico el año pasado...
que ya ni sé qué hacer con él. (LXXIV, de *Trilce*).

Una muner de senos apacibles, ante los que la lengua de la vaca resulta una glándula
violenta. («Una mujer», de *Poemas en prosa*).

Si la muerte hubiera sido otra... («Hallazgo de la vida», de *Poemas en prosa*).

Anatole France afirmaba
que el sentimiento religioso
es la función de un órgano especial del cuerpo humano,
hasta ahora ignorado y se podría
decir también, entonces,
que, en el momento exacto en que un tal órgano
funciona plenamente,
tan puro de malicia está el creyente,
que se diría casi un vegetal.

¡Oh alma! ¡Oh pensamiento! ¡Oh Marx! ¡O Feuerbarch! («En el momento en que el
tenista...», de *Poemas en prosa*).

¿Quién no tiene su vestido azul? (De «Altura y pelos», de *Poemas humanos*).

¿Quién no se llama Carlos o cualquier otra cosa?

¿Quién al gato no dice gato gato? (Ídem).

Éste ha de ser mi cuerpo solidario
por el que vela el alma individual; éste ha de ser
mi ombligo en que maté mis piojos natos,
ésta mi cosa, mi cosa tremebunda. (De «Epístola a los transeúntes», de *Poemas humanos*).

¡Ángeles de corral,
aves por un descuido de la cresta! (De «Telúrica y magnética», de *Poemas humanos*).

No olvides en tu sueño de pensar que eres feliz,
que la dicha es un hecho profundo, cuando acaba. (De «Pero antes que se acabe»,
de *Poemas humanos*).

Vamos a ver, hombre;
cuéntame lo que me pasa. (De «Otro poco de calma, camarada», de *Poemas humanos*).

Pues quisiera en sustancia ser dichoso,
obrar sin bastón, laica humildad, ni burro negro (De «Quisiera hoy ser feliz de buena
gana...», de *Poemas humanos*).

Jamás, señor ministro de salud, fue la salud
más mortal (De «Los nueve monstruos», de *Poemas humanos*).

Pues de resultas
del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren
y otros que nacen y no mueren, otros
que sin haber nacido, mueren, y otros
que no nacen ni mueren (son los más) (Ídem).

Quiero ayudar al bueno a ser un poquillo malo
y me urge estar sentado
a la diestra del zurdo, y responder al mudo,
tratando de serle útil en
lo que puedo y también quiero muchísimo
lavarle al cojo el pie,
y ayudarle a dormir al tuerto próximo («Me viene, hay días, una garra ubérrima,
política...» de *Poemas humanos*).

Considerando sus documentos generales
y mirando con lentes aquel certificado
que prueba que nació muy pequeñín... («De considerando en frío, imparcialmente...»,
Poemas humanos).

El placer de esperar en zapatillas (De «Guitarra», *Poemas humanos*).

El placer de sufrir: zurdazo de hembra (Ídem).

la cantidad de dinero que cuesta el ser pobre... (De «Por último, sin ese buen aroma
sucesivo», *Poemas humanos*).

Subes a acompañarme a estar solo (De «De disturbio en disturbio...», *Poemas humanos*).

Consolado en terceras nupcias,
pálido, nacido,
voy a cerrar mi pila bautismal, esta vidriera,
este susto con tetas,
este dedo en capilla,
corazónmente unido a mi esqueleto (De «Un pilar soportando consuelos...», *Poemas humanos*).

Ahora, ven contigo, hazme el favor
de quejarte en mi nombre y a la luz de la noche
tenebrosa (De «Palmas y guitarra», *Poemas humanos*).

¿Tan pequeña es, acaso, esa persona,
que hasta sus propios pies así le pisan? (De «Poema para ser leído y cantado...», *Poe-
mas humanos*).

Ya va a venir el día; da
cuerda a tu brazo, búscate debajo
del colchón, vuelve a pararte
en tu cabeza, para andar derecho. (De «Los desgraciados», *Poemas humanos*).

Y comer de memoria buena carne,
jamón, si falta carne,
y, un pedazo de queso con gusanos hembras,
gusanos machos y gusanos muertos. (De «La punta del hombre», *Poemas humanos*).

Que saber por qué tiene la vida este perrazo (De «Quiere y no quiere su color mi
pecho», *Poemas humanos*).

Congoja, sí, con toda la bragueta. (Ídem).

Y la gallina pone su infinito, uno por uno; (De «¿Y bien? ¿Te sana el metaloide páli-
do...?», *Poemas humanos*).

«Pero he venido de Trujillo a Lima.
Pero gano un sueldo de cinco soles.»



**Baca-Rossi: Monumento
a Vallejo (Lima)**

Bajo mi abrigo, para que no me vea mi alma (De «Alfonso estás mirándome, lo veo...», *Poemas humanos*).

¡Oh técnico, de tanto que te inclinas! (De «El libro de la naturaleza», *Poemas humanos*).

Añádase una vela al sol (De «Ande desnudo, en pelo, el millonario», *Poemas humanos*).

Guardar un día para cuando no haya (De «Ello es que el lugar donde me pongo», *Poemas humanos*).

¡Que ya no me conoces, sino porque te sigo instrumental, prolijamente!

¡Que ya no doy gusanos, sino breves!

¡Que ya te implico tanto, que medio que te afilas! (De «Y no me digan nada», *Poemas humanos*).

Abstente de ser pobre con los ricos (De «Los desgraciados», *Poemas humanos*).

¡Ramón! ¡Collar! ¡Si eres herido

no seas malo en sucumbir! ¡refréname! (VIII, de *España aparta de mí este cáliz*).

Tal ha sido pues este testimonio, esta confesión de lector en asombro permanente frente a los poemas de Vallejo. Y antes de llegar a las líneas finales, citaré un breve poema íntegro de *Trilce*, en el cual el desgarramiento doloroso, esencialmente doloroso, que tiñó toda su poesía, se torna en una mofa irónica contra sí mismo, contra el provinciano que del pequeño pueblo de la sierra, Santiago de Chuco, arribó a una escala más: Trujillo, de donde ascendió luego a Lima, lugar en el cual enumera sus pesares y concluye «consolándose» con sus míseras conquistas alcanzadas. Se trata del poema XIV de *Trilce*:

Cual mi explicación.

Esa manera de caminar por los trapeacios.

Esos corajosos brutos como postizos.

Esa goma que pega el azogue al adentro.

Esas posaderas sentadas para arriba.

Ese no puede ser, sido.

Absurdo.

Demencia.

Pero he venido de Trujillo a Lima.

Pero gano un sueldo de cinco soles.

Finalmente concluyo este trabajo citando el texto de la tarjeta con la que los responsables de la revista *Favorables París Poema* solían acompañar cada ejemplar de la misma: «Juan Larrea y César Vallejo solicitan de usted, en caso de discrepancia con nuestra actitud, su más resuelta hostilidad». Ruego al lector haga mía la citada invocación relacionándola con el contenido de «Y también el humor en la poesía de Vallejo».

Jorge Díaz Herrera